



# EL BIERZO, LAS LEYENDAS DEL ORO DEL SIL Y LOS TEMPLARIOS

Luis Alonso Luengo(†)

Publicado originalmente en la revista *Teoría y Hechos*, 10 de diciembre de 1945

*Reproducimos en este número de la revista otro artículo de Luis Alonso Luengo de la que probablemente fuera su mejor etapa como escritor: la década de los años cuarenta. Como nos decía el profesor Roberto Fuertes-Manjón en la introducción de otro texto de Alonso Luengo de la misma época, el estilo que utiliza Luis Alonso en este periodo es «una recreación, entre nostálgica y totalizadora, de lo mejor de la prosa modernista», una «amalgama de la elegancia verbal, la frase preciosista, el interés por lo descriptivo y el universalismo de los parnasianos, con el gusto por la búsqueda de correspondencias misteriosas de los objetos, el recurso al mundo prenatal, el orientalismo, la temática palaciega, lo suntuario, el interés por lo irracional y la correspondencia entre lo visual y lo emocional de los simbolistas». Comprobaremos lo atinado de las observaciones de Fuertes-Manjón al leer el artículo, en el que Luis Alonso adelanta uno de los temas que más le interesaban y sobre el que escribiría profusamente en las décadas siguientes: León y su pasado medieval; en este caso centrándose en la comarca del Bierzo, tan ligada históricamente a Astorga, su ciudad adorada.*

Anfiteatro inmenso, rodeado de altísimas montañas, con una puerta de entrada para Castilla y otra para Galicia; suave planicie de finas transparencias, a la que el río Sil, recargado de arenas de oro, hilvana, de punta a punta, enlazando castillos, monasterios, lagos, bosques y cuevas de santidad. He aquí la región leonesa del Bierzo; he aquí su contenido plástico. ¿Cuál será su contenido espiritual?

## MITOLOGÍA GERMÁNICA Y ASCETISMO CATÓLICO

Arrasadas las quintas romanas que colgaban sobre el lago de Carucedo; desparramadas las caravanas de esclavos que trabajaban en la asombrosa organización minera «Las Médulas»; crecidas de nuevo las selvas, reyes suevos con nombres de fábula -Rerismundo, Maldras, Reccario-, refrenaron sus corceles a las orillas del Sil e, idolátricos, sintieron afanes de adoración ante el río áureo que les recordaba al Rin de sus baladas. Danzas ante el fuego, cruentos sacrificios al unísono de los cánticos: las nieblas del Sil se dibujan con las formas extrañas de los seres de la mitología germánica.

Pero no estamos en tierras idolátricas, sino católicas. Una peña muy elevada -Peñalba- nos sale al encuentro, abultando su concreto relieve blanco que, a la luz del sol, de la luna o del crepúsculo, resplandece, variadísimamente, como troquelado en nieve, en plata o en marfil. Corta su falda el «río del silencio», cuya corriente, por gracia milagrosa, a pesar de saltar entre guijos, no tiene rumor. Cinco cuevas profundas -las «cuevas del silencio»- perforan su volumen. ¿Qué más? Dedo de Dios alzándose imperativo con voces de silencio. Como obedeciendo la orden, huye veloz el cortejo de divinidades nórdicas y deja, al huir, jirones de túnicas flotando como nieblas sobre el río de las

arenas de oro. Solitarios y ascetas llegan hasta aquí, conducidos por manos invisibles: Toribio, Genadio, Fortis... El monje Salomón trae, desde Córdoba, el encanto amable de la cultura árabe, que no turba, sino que se deja vencer, por el encanto místico de Peñalba. Manos de ángeles alcanzan el monasterio mozárabe que, blanco como la peña, parece un reflejo de ella, con su misma expresión para la luz.

Un momento más, y sentimos crecer a Peñalba y extender su sombra, como la de la aguja de un reloj de sol gigantesco, rodando en círculo por el ámbito del Bierzo todo, buscando la hora propicia. La leyenda mitológica se hace página de santoral: surgen las simbólicas apariciones de San Valerio, los sueños del martirio de San Fructuoso, los éxtasis de San Florencio. Se alzan monasterios y abadías: Carucedo, colgado en el lago de bellísimos reflejos; San Pedro de Monte, retumbando sobre los precipicios del río Oza; Corullón, agriamente románico; Carracedo, el de la inmensa biblioteca donde los monjes minian meticulosamente los grandes libros Cantorales.

Un día, huyendo de Almanzor, llega, arrastrando su piedra gotosa, el rey Bermudo de León y su corte, donde hay obispos que ciñen espadas, halcones que revolotean sobre el puño de los donceles y rubias infantas que saben cantar los salmos en latín. Junto al Monasterio de Carracedo se alza ahora el palacio para la corte.

En lentas carretas llegan los tumbos de las bibliotecas monacales del sur refugiándose de las acometidas árabes. Una nube de peregrinos de todos los países cruza hacia Compostela. Hacen noche en los monasterios. Traen noticias, historias y maneras de toda Europa, que narran a los monjes, quienes, para oírlos y meditarlos, alzan la pluma del Códice y siguen luego escribiendo influidos por lo que oyeron. Grupos de romeros franceses se detienen y crean una ciudad: Villafranca del Bierzo. En torno a la jurisdicción de cada monasterio van naciendo núcleos urbanos.



Castillo «templario» de Ponferrada

Un obispo de Astorga construye sobre el Sil un puente «ferrado» para comodidad de los peregrinos, y pronto el pueblo que allí nace recibe un nombre expresivo: Ponferrada. Un día...

#### EL MISTERIO DE LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

Había finado la cruzada de Godofredo de Buillón con el rescate para la Cristiandad de Jerusalén y peregrinos de todo el mundo comenzaban a llegar a los Santos Lugares y a ser asaltados por bandoleros sarracenos. Godofredo, jurando exterminar a éstos, crea para lograrlo una orden de caballería a la que el rey Balduino II da cobijo en una estancia frontera al antiguo templo de Salomón. Por ello, Orden del Temple se llama a la nueva orden, y caballeros Templarios a sus componentes. Crece el Temple como la espuma, extendido por el mundo; asienta uno de sus brazos en España. ¿Por qué ya aquí posó su vista la Orden en este apartado y deleitoso rincón del Bierzo?

He aquí alzados los dos principales castillos Templarios del Bierzo: Ponferrada y Cornatel. Residencia, a veces, del gran Maestre de la Orden el primero, avanza sus torres sobre el Sil en una ancha algarabía de piedras prolongada de frondas que se reflejan en movidos cristales. Rodeado de nubes, Cornatel, bueno para el vuelo de las águilas y para el tronar del viento, se corta a pico desde una altísima peña que se funde con sus torres sobre unas aguas que se despeñan fragosas y un vaho neblinoso, mezclado de luz, que sube desde el lago de Carucedo.

Las capas blancas de los caballeros Templarios ondulan por las salas de los castillos y bajo los bosques de castaños sobre la grupa galopante de los corceles. Los retazos de niebla germánica que dormían sobre el Sil toman vida, suben y flotan de nuevo. Es el contacto del oriente misterioso, con sus signos, sus astros y sus ritos cristianizados.

La leyenda, que de mitológica se había hecho mística, se infiltra ahora de las magias orientales traducidas al vivir caballeresco. Walkyrias, santos, signos cabalísticos y caballeros con espadas flamígeras; todo en la más revuelta y sugestiva confusión.

Al amanecer, sobre las terrazas de Cornatel y Ponferrada, los caballeros Templarios, de rodillas, cara a oriente, mientras el sol asciende en el horizonte, elevan sus cánticos alusivos a Jerusalén, que parece dibujarse a lo lejos entre vago polvillo de luz. Dos números -el siete y el tres- tomados para ello de las cosmologías orientales se imponen como símbolos. Siete veces ha de moverse el cadáver de

un Templario muerto; siete días ha de ser expuesto ante los demás monjes, y otros tantos entregada su ración a un mendigo. Tres veces al año ha de adorarse la cruz; tres veces por semana se ha de comer carne; con tres azotazos se ha de flagelar el caballero, que jamás ha de huir si le atacan tres enemigos.

A medianoche, bajo las bóvedas románicas, cubierto de negro el altar, entre filas de antorchas, el neófito avanza hasta las gradas. Su paso se detiene ante un enorme crucifijo, tendido en el suelo; se inclina ante él, lo escupe, lo pisotea, después se yergue inmóvil. Es la ceremonia simbólica del pecado original. Toda la vida del caballero ha de ser una reparación de ésta que se supone culpa inicial. Cánticos profundos estremecen las bóvedas. Se vendan los ojos al neófito. Tras varios ritos en la sombra, la venda es arrancada, el resplandor blanco ha sustituido al negror. Se dan los caballeros el ósculo de hermandad. Blanco el altar; blancos los tapices; blancas las vestiduras de los presentes. Sobre el manto del iniciado se clava la cruz de la orden del Temple. Y ¿cuál es esa cruz? Misterio impenetrable, como tantos en torno de la Orden. (Profusamente, una cruz, la thao, se halla grabada en los muros de Ponferrada. Es una cruz de Malta a la que le falta el brazo superior. Cruz oriental de tres brazos. Una vez más el número tres, como signo cabalístico, sobre el propio signo de la redención.)

#### RESPLANDOR CABALLERESCO

En 1308, como consecuencia del proceso pontificio seguido a instigación de Felipe el Hermoso de Francia, se extingue la orden del Temple. Nada contra ella se pudo en España probar. Cornatel y Ponferrada quedaron vacíos y espectrales. Desde entonces, sombras de tenebrosas consejas envuelven a sus torres. ¿Será cierto que un gato negro acudía a las reuniones nocturnas de los Templarios para ser adorado? ¿Y qué Baphomet, ídolo de tres cabezas, torso de mujer y piel de caballero muerto, era utilizado para infiltrar a cíngulos y vestiduras de mágico poder? ¿Será verdad que el Temple ha seguido subsistiendo, en secreto, bajo el nombre de Masonería, juramentados sus caballeros para vengar, por los siglos de los siglos, la muerte de su gran Maestre, Jacobo de Molay, ajusticiado en París?

Sea lo que fuere, es lo cierto que el Bierzo todo se envuelve en una vaga obsesión que fluye, conjunta y enfusamente, de las leyendas de oro del Sil, de sus monasterios, de los cánticos de los peregrinos, de sus castillos Templarios.

La rueda helicoidal y la svástica, signos orientales del sol como divinidad, se graba, aún hoy, en muchas de las moradas que se constituyen por un empuje subconsciente de los espíritus. La Thao aparece, hasta fines del pasado siglo, en los puntos más insospechados de la región, haciendo pensar en secretas supervivencias.

Y todo se hilvana con un resplandor caballeresco que nos empuja como una visión. Cruzar el Bierzo es sentirse arrebatado por ese resplandor. La fábula es historia romántica en la pluma de Enrique Gil y Carrasco. Pero el paisaje geográfico y espiritual de esta sorprendente zona espera aún el alma lírica que, con signo español, sepa traducir los sueños de Lohengrin, que aquí duermen al través de sus castillos desiertos, sus monasterios vacíos, sus lagos impasibles y sus ríos llenos de luz.